

Fernando Diez de Medina

Hallazgo y mediodía de Jenaro Ibáñez



UELE ser adusto el medio para reconocer el éxito de los suyos.

Conspiran en Bolivia contra el artista, la ausencia de cultura, el áspero desvío, el sordo hervir de las emulaciones y la estupenda vanidad del magister criollo que sin haber cruzado la línea del horizonte natal, pontifica sobre ciencias y artes que ignora.

Pero el boliviano es duro y tenaz como la roca del Ande que busca la fricción anhelosa del huracán, para tallar su clara geometría. Cuando se entrega al arte, le nacen de la entraña del ser la desmedida ambición y el bravío coraje. Su constante vigilancia vence las dificultades de la técnica. De años se hace su experiencia y de luchas su difícil maestría. Potencias secretas que se buscan, se depuran y se encuentran: así es su vida. Por eso, cuando llega, en plenitud de fuerzas da su calidad, antes pasión del alma que dolor del cuerpo.

¿No ha de conmovernos este hallazgo y mediodía de

Jenaro Ibáñez, cuyo arte se resuelve en armoniosa madurez de afirmaciones?

Hace un puñado de años, al partir a la Península, era un simple dibujante. Pluma y lápiz como primer aprendizaje. Sabía ver, reproducir; faltábale, no obstante, aquella ciencia enigmática de todo arte verdadero: la expresión.

Tan otro es el retorno. La indecisión pretérita trocada en seguro dominio. Juventud hecha sana varonía; y el artista logrado en una doble disciplina que del honor proviene y en lo de fuera se resuelve. ¿Qué pueden el idioma confuso o el alarde pedantesco de la criticomanía, contra este arte seguro de sí mismo, que habla un lenguaje vigoroso y lúcido? Grueso podrán llover los cielos de la insensatez, pero este mediodía radiante que nutre de vitalidad sus obras, no ha de ceder un punto en su noble consistencia.

¿Qué falta interpretación, acento creador del espíritu en sus aguafuertes y en sus maderas? ¡Magnífica ceguera!

Solemos ver sin alcanzar a comprender.

Lo que mejor cuaja en sus trabajos es la fuerza expresiva de la idea. Gozo y pasión del alma que indaga, escruta y realiza su anhelo. Tortuosidad del paisaje toledano; trance intuitivo del retrato; rincones y callejas de Castilla; vivacidad de tipos árabes; por donde los ojos vayan, dibujo y aguafuerte interpretan, colman de personalidad el ver y el aprehender.

Se ahonda el surco creador en la madera. Potente

madurez. Vencido el tránsito del trazo repetido a la talla directa, el golpe seguro del buril fija en certeros rasgos las figuras. No hay recursos para encubrir flaquezas. Sólo el domeñador frente a la materia que domina. Soledad compartida que acrece responsabilidades y adiestra el movimiento de la mano. Todo es definitivo y perdurable en el lidiar de sombra y luz que se disputan superficie. Talla en madera: de audacias hecha y de secreto impulso que dirige.

Superando al ilustrador que reproduce, habita en Jenaro el intérprete que capta y estiliza. De la pausada búsqueda le vienen los aciertos. Del juicio numeroso, los matices. Esta garra que hiende el metal y desbrida la madera, del goce sabe y del dolor que desentraña. A su vibrante golpe, de nueva faz se revisten las cosas, como si un virginal perfil les brotara de lo hondo. Hace nacer grandeza resignada y sombría en los hispanos puentes; talla los duros rasgos del indígena en un impresionante dramatismo; nutre de fuerza y calidez la dinamia pautada del paisaje. Hinchaba la línea y la tortura. Juegos de sombra y luz reparten preeminencias. Todo habla de una manera interior que rige la construcción de fuera.

Angustia del mirar; dolor del expresar. ¿Cuántas cóleras reconcentradas duermen detrás del enérgico dibujo, del barroco aguafuerte, de la madera hendida y penetrada? Sólo el artista sabe por qué de sombras fluyen claridades; y es su ciencia tan alta, que de rigores

saca nuevas fuerzas y hasta transforma en acicate incomprendiciones.

¡Soberbio contraste el que ofrecen la crítica extranjera y la propia!

Madrid, París, Tánger, Buenos Aires, Barcelona, se unifican para consagrar al joven maestro; mas los solares patrios adelgazan el aplauso y menudean los reparos de la sapiencia criolla.

¿Jenaro Ibáñez sólo técnico del aguafuerte y la xilografía? Estrecho juicio el que divisa únicamente la fría destreza del experto, y no la llama pura del verdadero intérprete.

Jenaro es un artista en toda la potencia expansiva del vocablo. Del creador le vienen la intuición vivaz y el constructivo impulso de la fuerza. Sean, pues, claros los ojos que lo admiren y ancha la mano que lo aplauda; que no de ahora, sino de siempre es el regalo de sus obras.

La Paz (Bolivia), septiembre 1935.